

# Trabajos de colaboración

---

FACULTAD DE FARMACIA

M A D R I D

CATEDRA DE ANALISIS DE MEDICAMENTOS

Prof. Dr. OBDULIO FERNANDEZ

**Ars Pharm., 1, (n.º 3-4), 1960.**

## Semblanza de D. Bernabé Dorronsoro y Ucelayeta

O. FERNANDEZ

El mes de enero de 1889 señala un cambio de orientación en la Facultad de Farmacia de Granada. Hasta esa fecha, la Facultad y todas las restantes de las Universidades españolas, habían sufrido un grave colapso motivado por la indiferencia que para la cultura nacional habían demostrado el pueblo y las propias Universidades. El ambiente era desolador, y tal como lo muestra el maestro Carracido en sus *Confesiones* lo encontró Don Bernabé Dorronsoro al llegar a Granada en enero de 1889. Tristeza y abatimiento producidos por el cansancio de las guerras civiles y de los pronunciamientos continuados que alteraron la vida material sin beneficio para el espíritu. Los trasiegos constantes de profesores de unos Centros a otros para regentar cátedras diferentes, produjeron una indiferencia entre los elementos culturales del país que se tradujo en un descenso de la vida científica difícilmente superable.

La Facultad de Farmacia de Granada se fundó en 1850: desde aquella fecha hasta 1889 sólo dos profesores habían dejado huella de su paso por la enseñanza: el fundador D. Mariano del Amo, maestro ilustre de Botánica, aunque encargado de la cátedra de Mineralogía y Zoología, y el profesor D. Bonifacio Velasco y Pano, que explicó muy poco tiempo Química Orgánica, porque su fallecimiento prematuro arrancó al profesorado uno de los más eminentes expositores de la Química Orgánica. Todo lo demás fue anodino, nada útil para exaltar la vida científica del país.

El discutido procedimiento de ingreso en el profesorado comenzaba a dar sus frutos, que eran el mayor saber y la permanencia al frente de una

cátedra. La Facultad de Granada contaba desde 1889 con un joven madrileño, sabio experimentado en ciencia, diplomático y resuelto a quedarse en Granada: así pudo hacer de sus dos enseñanzas, la de Instrumentos de Física aplicados a la Farmacia y Análisis química, un modelo que distaba mucho de las demás. Ello dió al profesor un renombre excepcional y una autoridad indiscutible; fue el verdadero decano de la Facultad desde que llegó, porque D. Mariano del Amo acataba las decisiones del recién llegado hasta en su vida privada, y el sucesor en el decanato, D. Florentino López Jordán gestionaba en la práctica oficial las ideas de Dorronsoro, que eran de elevación del nivel universitario y de prestigio de la Universidad granadina.

El tiempo vino en ayuda de Dorronsoro, porque el año 1894 se reforzó el número de profesores que sentían vocación universitaria, ocupando la cátedra de Botánica el profesor Aranzadi, que venía precedido de un gran prestigio por sus trabajos antropológicos y micológicos, y la de Farmacia práctica D. Eduardo Esteve, que asentó su reputación de inteligencia y laboriosidad durante dieciocho años que duró su magisterio en Granada.

En el ambiente creado por los nuevos profesores desarrolló sus iniciativas Dorronsoro, que como estaba siempre atento a las voces científicas de fuera, estudiaba y daba ejemplo de amor al trabajo y la investigación. (Era miembro de la Société Chimique de France y de la Deutsche Chemische Gesellschaft). La Facultad apenas tenía locales, y era indispensable procurárselos, a cuyo objetivo tendían todos los esfuerzos del novel catedrático. Este creyó que la facilidad en la adquisición dependía en gran parte del prestigio personal, y por eso no vaciló en adquirirlo utilizando recursos y ocasiones. A fines de 1895 un suceso extraordinario conmovió la Ciencia, el descubrimiento de los rayos X por el físico alemán Dr. Roentgen, que marca una era en el desarrollo de la Física, y en las aplicaciones a la Medicina principalmente. Dorronsoro aprovechó este momento para adquirir el material necesario, cuyo coste adelantó de su peculio personal, y el día 29 de mayo de 1897 explicaba en una conferencia demostrativa lo que eran los rayos X y su utilización en la Medicina, haciendo al efecto ante numeroso público varias radiografías que se conservan como una reliquia en el laboratorio de Técnica física. Su conferencia congregó a todos los elementos intelectuales de Granada, y la Prensa hizo grandes elogios de la magistral exposición de Dorronsoro. Quedaba así consolidada su fama de maestro, y se le abrían todas las puertas para sus gestiones en torno del local para laboratorios, que por entonces se limitaron al edificio de la Universidad, pero cuando la coyuntura fue propicia, y siendo ya decano, concibió la idea de instalar la Facultad en un edificio perteneciente al Patronato del Colegio Mayor de San Bartolomé y Santiago, único edificio de traza italiana existente en la ciudad. La realización de esta idea fue laboriosísima, pero al fin, gracias a la intervención del senador Carracido y del político granadino Sr. Rivas, se logró el alojamiento de la Facultad en el local que actualmente ocupa.

El estremecedor vaticinio de Quevedo se cumplía en 1898: a España le quitaban cuanto había logrado con su sangre y con su trabajo, y entonces una juventud muy traída y llevada pensó que había que encerrarse en el solar patrio y trabajar para su engrandecimiento. La catástrofe tuvo el mé-

rito, quizá pasajero, de poner orden en toda la administración española y, como no podía menos de ocurrir, en la enseñanza. La Dirección general adquirió categoría de Ministerio y desde él, un ministro de espíritu vigoroso dispuso que en el profesorado se ingresase solo mediante oposición pública: pronto se hicieron patentes los efectos del decreto de García Alix y en Granada se recogió con la llegada a la cátedra de Mineralogía y Zoología aplicadas de un elemento de vocación investigadora y docente, D. Jesús Goizueta y Díaz, matemático y hablista, premiado por la Real Academia de Ciencias de Madrid por su "Teoría de la polarización".

Sucesivamente en 1908 pasó el que esto escribe a la regencia de la cátedra de Química orgánica aplicada; en 1910 ganó la oposición a la cátedra de Botánica D. Juan Luis Díez y Tortosa, granadino auténtico y enamorado de su enseñanza fitográfica; en 1911 tomaba posesión de la cátedra de Mineralogía, vacante por traslado a Barcelona del Sr. Goizueta, el nuevo profesor D. Carlos Rodríguez y López Neyra, que dio gloria a la Facultad con sus trabajos helmintológicos que le hicieron acreedor al Premio de la Fundación March.

A mi arribada a la cátedra, ya tenía preparado un laboratorio modesto con dos buenas mesas de trabajo y dos poyatas, capaz para trabajar simultáneamente los alumnos matriculados que eran 21 y con material indispensable procedente del laboratorio del propio decano, hasta que llegó el que él mismo había encargado para la Facultad, y que se retrasó por avería del barco alemán que lo conducía al puerto de Almería. Esto revela un gran administrador y un entusiasta del progreso de la ciencia, porque hasta el 10 por 100 de beneficio concedido por una casa alemana fue empleado inmediatamente en nuevas adquisiciones.

Díez Tortosa ya se había preparado su laboratorio durante los años en que fue auxiliar de la cátedra de Botánica y Carlos Rodríguez halló en el decano todo el auxilio conveniente para ordenar un laboratorio que terminó siendo el Instituto nacional de Parasitología. Cuantos instrumentos necesitó salieron del bien provisto arsenal del decano.

Esta generosa conducta de Dorronsoro unió a los tres noveles profesores en una especie de equipo, entonces no usado como en la actualidad, para trabajar bajo el impulso del que llamábamos cariñosamente maestro.

Por la especialidad que yo cultivaba era más solidario de los asuntos técnicos con Dorronsoro que los otros compañeros y a ello se debe que me trasladara a su laboratorio después que obtuve alcañor de la esencia del *Pinus halepensis*; allí recomendamos el estudio interrumpido de las esencias de plantas espontáneas y cultivadas de Andalucía, industria a la que dió vida y carácter científico nuestro decano, y que proporcionó buenas sumas a farmacéuticos dedicados al empleo de alambiques en el campo para el aislamiento de las esencias y que no permaneció mucho tiempo, porque la codicia de los que intervenían en las transacciones con países distintos, desacreditó el comercio esenciero de Granada y Jaén.

Consecuencia de los trabajos mencionados fue la preparación de una Memoria premiada por la Academia de Ciencias de Madrid, que otorgó a Dorronsoro el título de académico corresponsal, y la publicación de una nota acerca de la esencia de mejorana española. Por aquella época estudiamos

el *Equisetum Vulgure*, del que se hizo una comunicación al Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, que se reunía en la capital granadina en junio de 1911. Este Congreso fue un éxito para la Facultad: era secretario Diez y Tortosa y uno de los puntales del Comité, Dorronsoro, por eso acudimos todos los compañeros con comunicaciones científicas y con conferencias en las distintas Secciones. Todavía quedaba el recuerdo de un suceso grato para los colegas. El año anterior se había sintetizado por P. Ehrlich el famoso 606 para la curación de la lúes y su modo de administración necesitaba de explicaciones y de ayuda, que no fue regateada por la Facultad de Farmacia. Le halagaban a Dorronsoro estas pruebas de confianza de compañeros médicos, y como la síntesis química del medicamento y su empleo se generalizaron en todo el Universo como medio de lucha contra uno de los males más temibles que padeció la humanidad hasta 1910, Dorronsoro concibió la idea de dar a conocer la historia y la síntesis del 606. Me transmitió su deseo y me propuso que el día 2 de noviembre expusiera en una conferencia cuanto Ehrlich y sus antecesores hicieron hasta lograr aquel arsenical. Por acatamiento al Jefe de la casa y por satisfacer la curiosidad pública, expliqué la conferencia, en la que puse de manifiesto la estructura compleja del medicamento con los artificios que el mismo Dorronsoro enlazó, y los escauceos iniciados por Bechamp en 1902 a partir de la anilina.

Pocas veces se ha visto más concurrida la Universidad: el segundo patio estaba literalmente ocupado por los que no podían tener asiento en la cátedra grande; fue un acontecimiento la conferencia, cuyo éxito se debió en primer término a Dorronsoro y al gran número de pacientes aquejados de la enfermedad que el ilustre decano de la Facultad de Medicina Dr. Pareja llamó el Mal de todas partes.

El Congreso para el Progreso de las Ciencias tuvo su sede en la Universidad, y requería preparación en una ciudad no acostumbrada a reuniones de esta naturaleza. Nuestro decano se cuidó de ello, y en las Facultades de Medicina y de Farmacia se organizaron conferencias preparatorias con la finalidad de educar a todos y de desechar prejuicios y temores a exponer ideas en público, faena muy necesaria aun en países tildados de habladores.

Un incidente quirúrgico motivó el estudio de los cloroformos que se utilizaban en la anestesia. El asunto nos fue encomendado, y como consecuencia publicamos un largo trabajo que nos ocupó varios meses y que probaba una vez más la extensión de las ideas de Dorronsoro en materia químico-analítica, que saliendo de las clásicas marchas minerales se extendía a los grupos funcionales orgánicos.

La actividad de D. Bernabé era extraordinaria, porque atendía a las prácticas de dos cátedras y escribía libros voluminosos. El primero de ellos fue el de "Técnica de instrumentos y aparatos de Física de aplicación en Farmacia", en 1896, que adquirió gran difusión por la claridad con que está escrito y porque lo recomendaban para el estudio de la Óptica los profesores de Historia Natural. El segundo fue el "Tratado de Análisis química", en dos tomos que aparecieron sucesivamente en 1905 y en 1907, con un apéndice de análisis biológico, modelo de previsión de lo que en el futuro sería la aplicación del análisis a la Biología y a la Patología.

Como ocurre con casi todos los recién llegados a una Universidad, le fue encomendada la oración inaugural del curso de 1899, que trató de los últimos progresos de la electricidad. Creo que por vez primera se calificó a la nieve que corona las cimas de Sierra Nevada de hulla blanca, denominación que se ha generalizado después.

He aspirado a describir la personalidad científica del amigo, y a través de ella se columbra un carácter vigoroso, un varón de empeño tenaz en llevar adelante una obra necesaria al porvenir de la Patria. A veces se dejaba percibir en Dorronsoro notoria hosquedad, que en cierto modo disimulaba la bondad de su temperamento. Para no ser asequible a cuanto se le pedía, era necesario poner aspecto grave, con apariencias de intransigente, pero pasados esos fugaces momentos de las peticiones, volvía con rapidez a su carácter de decano: esta palabra, circunstancialmente aplicada, obedece a que los antecesores de D. Bernabé en el decanato eran personas de envidiable humor y buenos narradores de anécdotas y de sucesos más o menos reales. Del Dr. del Amo, excelente tocador de castañuelas y autor de un libro de Crotología, escuchó muchas y muy escogidas, hasta en latín simulado; de López Jordán, gran caballista, otras menos ingeniosas pero más reales, y a todas añadía Dorronsoro las de un madrileño castizo de los tiempos de aquellos humoristas que contribuyeron a formar un pueblo satírico y burlón de noble corazón y generoso comportamiento. Su anecdotario era interminable y alcanzaba a todas las manifestaciones de la vida, en lo tético y en lo jacarandoso, por lo cual decía que el cargo de decano de Farmacia estaba vinculado por tradición a cierto saber científico y al conocimiento de las gentes, expresado oportunamente en formas narrativas graciosas y burlescas, que constituyeran lección inolvidable para sus interlocutores. Por ser hábil captador de pensamientos la anécdota era oportunísima. De ahí que trabajar en su laboratorio era un placer, porque destilaciones y faenas similares estaban siempre adobadas con frases de buen decir y de ingenio quevedesco. Quedan en el archivo de mis recuerdos gratos aquellas tardes en que salíamos del laboratorio para tomar el te en la *pecera*, acompañados por la tabla de logaritmos para hacer los cálculos de los análisis elementales y disponer la tarea del día siguiente.

El *sic transit* es inevitable y yo, como único superviviente de aquella Facultad, me siento compelido hoy a exhumar su pasado y en nombre de todos a elevar un fervoroso recuerdo al maestro, al amigo y al forjador de los espíritus que contribuyeron a la exaltación de la escuela farmacéutica granadina. Estos impulsos de elevación espiritual transmitidos a todos los colegas apretaron el haz en que se desarrollaba la vida corporativa. La labor colectiva trascendió y fuera de Andalucía se estimó mucho más que en la región, al extremo de que el ilustre profesor de Derecho Canónico Moneva y Pujol, en la Universidad de Zaragoza, escribiendo en La Correspondencia de España acerca del estado de la enseñanza, aseguraba que había dos centros experimentales dignos de imitación: la Facultad de Ciencias de Zaragoza y la granadina de Farmacia.